1

LA VIRGEN

233766



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 cénts.

1

233766

47/1505170

LA VIRGENCITA

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

No hay cerro sin llano, ni día sin noche, ni medalla que no tenga dos caras, ni hombre confiado y bonachón que no viva expuesto a las asechanzas de algún pillo.

Y estas reflexiones, un tantico filosóficas, se avienen a maravilla con aquellas sentencias populares según las cuales, «cuando te den la vaquilla corre con la soguilla», y «más vale pájaro en mano que ciento volando», y también aquella otra que enseña que, «en el tomar no hay engaño», refranes todos que aconsejan cómo nadie debe posponer lo presente a lo futuro y problemático, dejando de coger hoy poco con la esperanza de cosechar más ma-

R. 3224181

ñana, pues todos vivimos expuestos a las maquinaciones de alguna mala voluntad, y suele suceder con harta frecuencia, que el bien que hacemos redunda en provecho y regocijo de quien no conocemos, y que otro disfrute pacíficamente de lo que nosotros, fiando demasiado en el porvenir, criamos para nuestro propio regalo.

Estas divagaciones se me ocurren apropósito del horrible desengaño que amargó los últimos años de aquel famoso corrido y borracho incorregible que se llamó en el alegre mundo de los lupanares y de las tabernas, don Antonio P.

En los tiempos a que se refiere esta lamentable historia, don Antonio vivía retirado en una magnífica quinta situada en los alrededores de Barcelona y tan cerca del mar que en los días de tormenta, el polvillo de las olas que se estrellaban al pie de la casa, contra las rocas, salpicaban los balcones. Don Antonio frisaba en los sesenta años; era alto y esbelto, a pesar del reuma que iba entumeciéndole las piernas, y aunque todavía montaba a caballo y su corazón de «golfo» conservaba todas las alegrías de sus verdes primaveras, su pobre energía estropeada por ocho o nueve lustros de prostitución, sólo revivía de tarde en tarde y con auxilio de una muy fuerte

y agradable ilusión.

«¿Dónde hallar una mujer que sea capaz de remediar esta insensibilidad mía?»—pensaba melancólicamente el antiguo galán.

Durante aquellos últimos meses él había tenido tratos con toda clase de hembras: unas flacas y ardientes, otras gordas y perezosas, aquellas maestras consumadas en el arte de dar placeres en mil formas distintas, duchas éstas, como bacantes en los mil modos que la pasión humana inventó para solaz y divertimiento de los mortales.

¿Cuándo ni cómo remediar aquel desmayo? ¿Dónde comprar la milagrosa panacea de amor que hiciese correr nuevamente por su lacio y marchito cuerpo, las savias alegres de la vida?

Una tarde en que don Antonio paseaba por el campo, se le acercaron dos gitanas a decirle la buenaventura. Eran madre e hija: la madre era una tiaza repugnante, gorda, rota y sucia; la niña, que apenas contaba quince años, tampoco parecía muy limpia, pero el mirar de sus grandes ojos negros era tan tenaz y profundo, y tenía la nariz tan perfecta y eran sus labios tan rojos y los dientecillos tan blancos, parejos y menuditos, que don Antonio dió un respingo y quedóse alelado y fuera de sí mismo, fijos todos sus sentidos en la contem-

plación de aquella deliciosa muñeca. La gitana vieja preguntó:

—¿Quieres que te la diga, *resalao*? Anda, *pa* que me des unas *perriyas* con que dar de comer a esta chavala y a otros cinco *churumbeles*, más bonitos que onzas de oro, que tengo en casa.

Viendo que don Antonio no respondía, la mujer se atrevió a cogerle una mano.

—Tú estás celoso, ojos cachondos—prosiguió la bohemia—y lo estás de una mujer blanca, que te da achares con un hombre rubio. De todo esto tiene la culpa un amigo que te quiere mal, pero no te apures, porque ese hombre rubio no sabrá hacerse querer de la mujer blanca por quien tu pasas fatigas. Vivirás muchos años. Tendrás que hacer un viaje largo en el que ganarás mucho dinero. Tienes que pasar una grave enfermedad de la que curarás. En tu vida hay un secreto que no puedo comprender. Anda, salao, que tienes los *clisos* muy dulces, dale tres o cuatro perritas a la *gitaniya* que te desea mucho bien.

Por todo comentario a esta insulsa relación, replicó don Antonio:

—¿Cómo se llama la niña que te acompaña?

—María del Milagro.

—Bonito nombre.

—Más bonita es ella.

—Es verdad. ¿Hija tuya?

—Sí, señor.

—¿Edad?

—Catorce años.

—Bueno: ¿cuánto quieres por la muchacha?

Al oir esta proposición, la gitana se puso hecha un basilisco.

—¿Pero tú que te has *figurao*, sapo asqueroso?—exclamó—¿tú crees que yo voy a mercar la chiquilla? Yo haré de mi cuerpo lo que quiera, pero del suyo no se ríe nadie.

Con mucha flema don Antonio repuso:

—No te la pido para una noche ni dos, sino para educarla y conservarla a mi lado toda la vida, y es claro que estoy dispuesto a pagarte por ella una cantidad que asegure el bienestar de tu vejez.

Poco a poco fueron entendiéndose, que el dinero, como es sabido, todo lo facilita y allana.

—Deme usted diez mil pesetas y se la lleva usted a su casa y yo me reservo el derecho de ir a verla todos los domingos.

—Te doy quince mil—contestó don Antonio—y renuncias a ese derecho.

—Es poco.

—Veinte mil, con tal de que te marches de aquí antes de doce horas.

—Conformes.

Así lo hicieron; y aquella misma noche la gitana vieja, a quien un criado de don Antonio acompañó a la estación, tomó el tren de Madrid, y María del Milagro fué a dormir a casa de su dueño.

II

Durante los primeros meses la pasión de don Antonio fué puramente «contemplativa». Aplicóse el buen señor (a quien era indudable que la falta de energía sugería sentimientos paternales) a educar a la chiquilla, que por cierto se pasaba de despierta y de simpática, y en poco tiempo la enseñó a leer y a escribir, y la inculcó hábitos de limpieza que ella desconocía.

Todas las mañanas, antes de la hora del desayuno, don Antonio se encerraba con su discípula en el cuarto del baño, y allí, sentado sobre una silla, se complacía en ver las perfecciones físicas de la gitanilla.

Aunque muy joven, María del Milagro, con esa precocidad peculiar a su raza, era mujer desde hacía más de un año. Tenía la tez cobriza, los pechitos pequeños pero firmes, el talle minúsculo, las caderas turgentes y redondas, y las piernas largas y de precioso modelado. Por su espalda broncínea, el agua resbalaba en menudas gotitas plateadas, lo que producía en el sensual organismo del amable sátiro excitación fortísima.

Don Antonio, que se recreaba en la virginidad moral y física de su alumna, le había descrito con vivos colores los preparativos y deleites del amor. María del Milagro llegó a sentir deseos de conocer aquel misterio del cual, según su profesor aseguraba, dependía la perpetuación de la vida.

Una mañana de junio, hallándose en el baño, que la refinada cachondería de don Antonio mandaba aderezar con hierbajos aromáticos, la joven preguntó:

—¿Sabe usted una cosa, don Antonio?

—Tú dirás, hija mía.

—Que ya tengo muchas ganas de que me bese usted.

A lo que el anciano, que apenas podía con los calzones, repuso benévolamente:

—No te impacientes, María, ni cambies nunca el camino ancho y fácil por el atajo, pues, como dijo alguien que no recuerdo «todo se andará». Un beso, querida mía, es en la historia del hombre, un acto de la mayor importancia. Yo te besaré mucho.... ¡ya lo creo!... como que para eso te traje

aquí y desde que ando a tu alrededor no pienso en otra cosa. Pero antes de besarte conmigo, que viene a ser como si tomases «las borlas de doctor» en el arte, nunca bastante conocido, de la sandunga, es necesario que adquieras ciertos conocimientos indispensables a toda muchacha que, siendo bonita como tú, tiene pretensiones en llegar a lucir en el mundo fastuoso de las cortesanas.

—¿Y qué conocimientos son esos?

—Muchos y todos deliciosos.

—No caigo. Usted me ha dicho que para besar bien, la mujer se pone en jarras alargando cuanto pueda el hociquito, y que el hombre, al calor de los ardientes labios, siente una emoción indefinida.

—Muy bien.

—¿Entonces?

—¿Pero tú ignoras, inocentona, que hay otros refinamientos mil veces más excitantes que el mismo beso? Vervigracia: tú sabes eso y aquello y lo de más allá?

—No, señor; soy una ignorante y eso me da muchísima pena.

Y el dolor de la pobre niña fué tan sincero, que se tapó el rostro con los brazos y rompió a llorar. Don Antonio la consoló fácilmente.

—No te apures—dijo—pues tú, que eres

muy buena, lo mereces todo. ¿Cuánto tiempo hace que vivimos juntos?

—Cinco meses cabales.

—Bien; ya es tiempo entonces de que vayas iniciándote en los secretos del amor. Mañana, si Dios quiere, recibirás la primera lección. Por hoy, te perfumaré y nada más.

Cogió un peinador con el que enjugó cuidadosamente el cuerpo de la virgen, recreándose, desde luego, con incomparable afición en secar los sitios que él más apreciaba. Después procedió a perfumarla. María del Milagro se tendió boca abajo sobre un diván, y don Antonio, armado de un pulverizador que contenía esencia de violetas, empezó a aromarla. Y unas veces le perfumaba los sobacos y los hombros, otras la cogía las ricas orejitas para esenciar todos sus pliegues y rincones, que luego besaba larga y amorosamente. La joven suspiraba:

—¡Ay, qué gusto... qué gusto me da eso!... Es algo así... raro... como si tuviese deseos de que me mordiesen... Siga usted besándome, siga usted... mucho, mucho...

Don Antonio, en efecto, continuaba acariciándola, sintiendo que aquellos palpeos producían en su lánguida humanidad an-

tiguos y gozosos desasosiegos.

Al día siguiente y a la hora del baño, don Antonio, a quien su discípula rogaba que no aplazase más tiempo la fecha de la primera lección, se puso en jarras, resuelto ya a echar un cuarto a espadas. María del Milagro, que acababa de salir del agua y estaba bien enjugada y perfumada, no le quitaba ojo, y como ella jamás había tenido ocasión de ver ningún hombre en tal disposición, don Antonio, a pesar de la sequedad y encarnizamiento propio de sus muchos años, no le parecía enteramente ridículo.

—Voy a enseñarte, vida mía—dijo don Antonio—el arte de hacer cosquillas, arte precioso, tanto para reanimar a tu amante cuando le veas rendido y postrado después de cuatro o cinco asaltos, cuanto para despertar las energías de los hombres tímidos o fríos.

Hablando así fué a echarse sobre el diván e hizo que la linda gitanilla se sentase a su lado.

—Infórmate bien, primeramente—dijo—de la complexión o anatomía de mis músculos, y esto te permitirá conocer después los rincones donde tus dedos deben practicar la caricia.

María del Milagro, llena de curiosidad,

examinó la anatomía de su amo y señor, y lo que más llamó su atención inocente fué el desigual tamaño de algunos músculos, y la facilidad con que los nervios se ponen más o menos rígidos, según las circunstancias. Luego advirtió con sorpresa pueril que la cabeza de don Antonio se congestionaba ganando en dureza y volumen.

—¿Qué es esto?—exclamó.

—Algo muy natural, queridísima mía; cuando se quiere con pasión, la cabeza del hombre, se llena de sangre y parece que va a estallar! lo cual no debe alarmarte, poco ni mucho, sino, muy al contrario; alegrarte, porque ello demuestra la intensidad del amor que se siente por la mujer a quien deseamos. Y ahora pasemos a la lección. Primeramente me pones tu manecita derecha en el cogote.

María del Milagro obedeció. Don Antonio prosiguió:

—Muy bien: ahora déjala resbalar a lo largo de la espalda, de modo que tus deditos tecleen bien la columna vertebral. ¿Comprendes?

—Si, señor.

—Pues anda: veamos como te portas.

La gitanilla comenzó a ejecutar la sencilla operación que su maestro la indicaba, y no tardó el hasta entonces desanimado

cuerpo del antiguo galán en ponérsele arrogante como un joven. Pero él, que se complacía en retardar el placer de la cosquilla lo más posible, no dejó que la discípula continuase el ejercicio.

—Bien—exclamó—esto lo has aprendido perfectamente. Ahora voy a revelarte otro modo de cosquillear, que es, para mi gusto, más delicioso aún que el que ya conoces. Vamos por partes; responde: ¿tú has batido chocolate alguna vez?

—Sí, señor.

—¿Sabes que las manos se ponen extendidas y que se las mueve de modo que el molinillo resbale entre ellas dando vueltas?

—Sí, señor.

—Pues eso mismo es lo que tienes que hacer con mi nariz y mis orejas.

María del Milagro no se hizo repetir la invitación, y la nariz de don Antonio comenzó a resbalar prestamente entre sus manos ágiles. El galán sintió que la dulce congoja se avecindaba a paso de carga, e hizo señas a la joven de que se estuviese quieta.

—Espera—dijo—espera un poquito, porque de lo contrario me electrizaría; lo haces todo demasiado bien; tienes, para el cosquilleo, una intuición prodigiosa.



Ella repuso:

—¿Y por qué?... Yo quiero ver como se retuerce usted; me da rabia que no se divierta usted conmigo. ¿Acaso no le gusto a usted bastante?

—¡Pobrecilla inocentona! Por lo mismo que me agradas muchísimo, no puedo aguantar impávido que me sobes.

—¿Cuándo se divertirá usted entonces?

—Más adelante. Cuando aprendas otras muchas cositas que necesito enseñarte. Eso de la «risa» lo dejaremos para nuestra noche de bodas.

Transcurrieron algunos minutos. Luego don Antonio, que ya había recobrado aquella paz senil que le era habitual, añadió:

—En el arte de cosquillear merecen consignarse otras caricias menores que contribuyen eficazmente a exaltar la labor deleitosa de la mano. Por ejemplo: cuando ves que la persona cuyo placer procuras no puede desternillarse de risa, le tocarás y oprimirás con tus deditos aquella parte de su cuerpo comprendida entre las costillas y las caderas, pues allí es donde las cosquillas se hacen sentir más. Te enseño esto porque, como yo moriré antes que tú, quiero que el día de mañana, cuando veas que los hombres se arruinan y se vuelven locos con tus caricias, digas pensando en

mí: «Todos estos triunfos se los debo a aquel pobre don Antonio, que tanto me amó». En cambio de esto ya ves que no te pido nada, o casi nada; el gusto de gozar de tus primicias, de ser el primer hombre que se vuelva loco sobre tus labios de rosa.

—Usted es mi dueño—repuso la gitanilla—y, como tal, puede disponer de mí a su antojo.

—Ya lo sé, hija.

—¿Cuándo me enseñará usted otra cosa?

—Más adelante. Por hoy, quédese la lección aquí, pues tan alborotado estoy que acaso no pudiese reprimir mi pasión.

III

Todo aquel verano transcurrió sin incidentes. El hotel de don Antonio se había convertido para éste en un verdadero paraíso. Su ama de llaves, que era una mujer muy activa y dispuesta, corría con el gobierno de la casa, y la doncella y los dos criados que tenía a su servicio, cuidaban de tener las habitaciones como un áscua de oro. María del Milagro, que no hacía más que cuidarse las manos y lavarse el cuerpecito para tenerlo bien fresco siempre que su señor quisiera besárselo (lo que ocurría con frecuencia), iba desprovista

completamente de ropa interior y sin otro abrigo que una bata de muselina blanca bajo la cual se acusaban limpiamente todos los contornos de su cuerpo.

La gitanilla andaba alrededor de don Antonio contínuamente, como envolviéndole; y unas veces se sentaba sobre sus rodillas, otras se colocaba a sus piés y le tomaba las manos para besárselas; otras, en fin, permanecía de pie: pero cerca del amo, de modo que a éste le bastase extender un brazo para tocarla. Don Antonio, viéndola tan jóven y tan rica, sentía que toda su virilidad despertaba. Entonces la cogía por el talle y comenzaba a besarla las manos y el precioso rostro, a pellizcarla los muslos y a tirarla suavemente con los dientes de los pelos del moño.

Otro día don Antonio quiso explicarla a su alumna lo que era un mordisco amoroso.

—¡Sí, sí!—exclamó ella llena de júbilo; —enséñemelo usted bien, porque esa caricia, según tengo entendido, es la mejor, la suprema,

—Verdaderamente es la mejor, y ten presente, además, que en España son contadísimas las mujeres que saben hacerla.

Don Antonio se había puesto en jarras, como se ponía siempre a la hora de clase.

—Para morder con amor—empezó diciendo el sabio profesor—te metes la carne del lugar preferido en la boca, y comienzas a rozarla de distintos modos: unas veces con los labios, otras con la lengua, que apretarás reiteradas veces contra la piel, y finalmente darás pequeños mordiscos que, sin lastimar exciten. ¿Has comprendido?

María del Milagro, que le había escuchado con los ojos desmesuradamente abiertos y dando muestras de la más viva atención, repuso:

—Sí; señor.

—Pues, anda: veamos como te portas.

Maria del Milagro cogió la cabeza de don Anselmo y acercando sus coralinos labios al robusto cuello comenzó a trabajar, acariciándolo con los labios y con la lengua, comprimiéndolo también entre sus dientes blancos y menuditos.

El anciano galán, comprendiendo que su joven discípula no sabía hacer más, acudió en su auxilio con nuevas explicaciones.

—Ahora—dijo—debes avanzar los dientes y clavarlos suavemente en la carne y tirar de ella amorosamente de arriba abajo y de derecha a izquierda, procurando no lastimar.

Las palabras del viejo sátiro no cayeron en oídos de mercader, pues María del Mi-

lagro comenzó a ejecutar lo que la mandaban con una intuición y una gracia que hubiesen envidiado las profesoras más expertas de París y de Nápoles.

De pronto la joven tuvo una inspiración, un rasgo de adivinación verdaderamente genial.

—La mujer que le muerde la cara a un hombre—exclamó—¿no debe tener inconveniente en tocarle con los labios todo el cuerpo, verdad?

—Así es, cariño mío.

—Pues entonces, póngase usted.

—¿Qué vas a hacer?

—Besarle a usted el cogote.

Don Antonio, con los ojos húmedos de lujuria, hizo lo que le ordenaban, murmurando:

—¡Qué buena es esta chiquilla! ¡Qué dulce... qué rica!...

En un instante, el venturoso don Antonio se sintió objeto de las caricias más ardientes. Los cabellos crespos y flotantes de la muchacha le hacían cosquillas en la espalda y en los sobacos. María del Milagro, llena de deseo, le cogió los hombros con ambas manos y comenzó a besárselos, después le mordió las orejas y, finalmente, le dió una fuerte dentellada en el cogote. Una vez así, empezó a cosquillearle furiosamente.

—¡Quiero que ría usted!—repetía—¡que ría usted mucho!

—No, todavía no...

—Sí, es preciso; va comprometido en ello todo mi amor propio.

—No... no...

Aun continuaron luchando algunos momentos, resistiéndose don Antonio a retorcerse, y redoblando ella sus caricias. Al cabo, él logró escapar. María del Milagro, viéndose vencida, comenzó a hacer pucheros. El trató de consolarla.

—Mira, bobita, no te pongas así. Yo no quiero reirme contigo porque me reservo para nuestra gran noche, para nuestra noche de bodas. Entonces, sí, disfrutaré una vez... y veinte... y reiré, si quieres, hasta por los oídos. Pero ahora no; es temprano. ¿Cómo? Tú serías tan ordinaria que prefirieses un ganapán de esos que no hacen más que «llegar y besar el santo», a un caballero de mundo que sabe aderezar el deleite y servirlo lentamente y en su hora oportuna?

—Lo único cierto—repuso la gitanilla haciendo con la morena cabecita un mohín encantador—es que yo me aburro de esperar, y que, como soy impetuosa, prefiero un *toma*, a dos *te daré*.

A lo que don Antonio replicó:

—No seas impaciente y aguarda, que no te pesará; pues cuanto más tarda una cosa en llegar, con mayor gusto disfrutamos luego de ella.

En días sucesivos don Antonio fué explicando a su alumna la actitud en que las mujeres se colocan para recibir cosquillas, y las diversas posiciones que hay de besar, ora frente a frente, ora de espaldas, ora de pie o en silla, mas nunca llegó a dar una cumplida y definitiva lección a la gitana, sino que se limitaba a «señalar la suerte», como en términos taurinos se dice, con lo que determinaba en la joven sobreexcitaciones voluptuosas terribles. Ella, fuera de sí, procuraba satisfacerse retorciéndose como una culebra y restregando su cuerpo febril sobre una piel de tigre.

—¿Pero, cuándo me amas, amo?—preguntaba la infeliz.

Don Antonio, que se caía de cachondo, siempre contestaba evasivamente:

—Uno de estos días..... uno de estos días.,...

Ultimamente, don Antonio, no queriendo que María del Milagro llegase a su tan anunciada y cacareada «noche de novios» ignorando nada, la colocó una noche sobre el diván, y se dispuso a la caricia con verdadero amor. «Todos los recursos» de ardiente imaginación puso en juego; fué extremadamente amable y cariñoso.

Los suspiros de deleíte de (a gitanilla, resonaban en el silencio de la noche por toda la casa.

—Dame amor, dueño...—balbuceaba la chiquilla;—ya que tú no quieres ser feliz, dame goce a mí.

Cuando la vió muy excitada y próxima a refocilarse, el astuto don Antonio, con una crueldad de inquisidor, interrumpió la caricia.

—No—dijo—no quiero que disfrutes por ahora. Réirás más adelante, cuando. Conviene que aplaces también, todos tus quereres, para nuestra noche de novios.

María del Milagro no pudo responder; tan grande era su congoja, y se echó a llorar.

IV

Este aprendizaje a que el gastado don Antonio tenía condenada a la gitanilla, duraba ya más de un año, y todavía el reductor no había fijado de un modo concluyente la fecha de la boda.

Aquella mañana tuvo que ir a Barcelona; de donde no regresaría, según dijo hasta el día siguiente. María del Milagro. a

quien los besos y caricias de su amo mantenían en perpetuo estado de excitación, se hallaba en su dormitorio, reclinada en un diván, cuando Alberto, el lacayo de don Antonio, empujó la puerta. Al ver a la gitanilla. Alberto lanzó una exclamación y quiso retirarse.

—Perdone usted, señorita — balbuceó confuso—yo no sabía que la señorita estuviese aquí.

Era un muchachón de ojos inocentes, recio y sano, María del Milagro le llamó. haciéndole con la mano un gesto amistoso.

—Acércate—dijo.

Alberto obedeció. La joven se hallaba en uno de esos momentos de lujurioso frenesí en que todas las mujeres, aun las más castas, se entregan sin resistencia al primer hombre que las abraza, En aquel mismo instante María del Milagro. irritada y ofendida por lo que con don Antonio la sucedía, concibió la idea de abrazarse al lacayo.

—¿Tú tienes novia, Alberto?

—No, señorita.

—¿Por qué?

—No lo sé... nunca he tenido novia.

—Es raro.

—Sí, señorita, muy raro. Los compañeros dicen que yo tengo la culpa, porque soy muy tímido. El señor, en cambio, tiene una suerte que todos envidiamos.

—¿Por qué, tonto?

—Toma, porque la señorita es muy guapa.

Al oir es tas palabras, María del Milagro sintió crecer el odio que don Antonio le inspiraba. Rápidamente se levantó,

—¿Te gustan mis piernas?—exclamó—¿te gustan mis brazos... mi rostro?... Pues, donde me ves, el amo ha sido tan sandio que no me ha mordido todavía.

Esta conversación había excitado la carne de Alberto, cuyo detalle cachondo no pasó inadvertido para María del Milagro, la cual con desparpajo y frescura admirables, se acercó a su criado y le besó en los labios.

—Señorita, por amor de Dios...

—¿Qué?

—Mire usted que... que yo... que...

—¡Acaba!

—Que yo soy tan... *prudente*, como el señor... y que, si usted me lo permite, la muerdo de veras.

Al oir esta afirmación, llena de viril energía, María del Milagro puso los hermosos ojazos en blanco.

La cosa fué un hecho. El gañán mordió

y besó hasta que le dolieron las mandíbulas. Pues Alberto tenía la dentadura recia y segura.

Al partir de aquel día, siempre que el amo se iba a afeitar, a dormir o a dar un paseo por el campo, Alberto y María del Milagro se ponían a besar.

Al fin, una tarde, don Antonio se decidió a pasar el Rubicón:

—Mañana—dijo—querida Maruja, será nuestra noche, nuestra gran noche... ¡nuestra noche de novios!...

Ella, por no suscitar sospechas, demostró alegrarse mucho con la noticia y no pasó más.

Cuando a la mañana siguiente don Antonio penetró en el dormitorio, se encontró con que María del Milagro había desaparecido. Sobre la mesilla de noche la joven dejó una carta que decía, poco más o menos:

«Cansada de tus caricias flojas, me escapo con Alberto; un tío admirable que, unas veces por un sistema, otras veces por otro, me ha atizado en menos de ocho días, más de sesenta mordiscos. Vale».

. . . . . .

¡Recorcho con las virgencitas, lector!

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

Lea V. la hermosa

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante. Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo. Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del Amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La virgencita.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO: 10 CTS.

Lea V. la sugestiva

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondonamente bien escrito.

Riquísima presentación.

CADA TOMITO: 20 CTS.